

giros ó frases provinciales, ni mucho menos palabras que no estén aceptadas por los autores dignos de respeto como buenos hablistas.

No es este el lugar en que debe analizarse la HISTORIA DE YUCATÁN, del Sr. Ancona, y por lo mismo nos hemos limitado á señalar las principales dotes que él posee como historiador. Sabemos muy bien que en toda obra humana hay defectos y errores, y no consideramos exenta de ellos la del Sr. Ancona. Algo pudiéramos decir á este respecto, si en vez de unos apuntamientos biográficos estuviéramos formando un juicio crítico; pero no es hoy ese nuestro propósito, y nos complacemos en repetirlo: tiene el escritor yucateco muchas y muy excelentes cualidades que le hacen acreedor á especial mención en una obra destinada, como la de que forma parte esta noticia, á dar á conocer á los que en los diversos ramos que constituyen el saber humano dan honra á México.

México, 1881.

Francisco Sosa.

INTRODUCCIÓN

El estudio de la historia patria es una necesidad tan universalmente reconocida en los pueblos cultos, que creeríamos hacer una ofensa al lector de estas páginas si nos propusiéramos demostrarla. Por desgracia nuestra, en Yucatán no hay un libro que llene por completo esta necesidad; porque si bien poseemos trabajos de un mérito indisputable sobre nuestra historia, así de escritores nacionales como extranjeros, no hay uno solo que la haya abrazado en su conjunto. Sólo se ha acometido una empresa de este género en un compendio que se ha publicado para el uso de las escuelas; pero los estrechos límites á que su autor se redujo voluntariamente, están muy lejos de satisfacer á la necesidad de que venimos hablando.

La Historia, para llenar el importante objeto que tiene en la vida social, no debe limitarse á una relación más ó menos detallada de los sucesos acaecidos en el país de que se ocupa. Debe comprender, además, un cuadro, tan completo como sea posible, de la índole, de los usos y costumbres de cada una de las razas que en diversas épocas lo han habitado; de su religión, de sus leyes, de sus dotes morales é intelectuales, de sus progresos en las ciencias y en las artes, de las causas que han influido en sus revoluciones, de las cualidades que posee para elevarse, de los obstáculos que impiden su desarrollo, de todo aquello, en fin, que redunde en gloria suya ó que pueda utilizar algún día para engrandecerse y mejorar su condición. Todos estos grandes objetos de la Historia, de que sólo hemos hecho una enumeración ligera, están tratados, por lo que respecta á nuestro país, en multitud de escritos que en

diversas épocas se han publicado; pero que por su mismo número, ó por hallarse esparcidos en obras que han llegado á hacerse demasiado raras, muy pocos tienen voluntad ó tiempo de consultar. De ahí nace la dificultad de un estudio que ningún yucateco amante de su país debería descuidar.

Con el libro que vamos á escribir, tenemos la aspiración de llenar, hasta donde alcancen nuestras fuerzas, este vacío que existe en nuestra literatura. No hemos perdonado sacrificio de ningún género para desempeñar con acierto y conciencia nuestra misión: la hemos consagrado todo nuestro tiempo y hemos procurado desnudarnos de todas nuestras pasiones para revestirnos de aquella imparcialidad que debe siempre presidir á la formación de la Historia. Un bosquejo del plan que nos hemos propuesto seguir, hará comprender al lector hasta qué punto hemos alcanzado este objeto.

La obra constará de tres partes. La primera, que comprende desde los tiempos prehistóricos hasta la destrucción del Imperio maya por los españoles, irá subdividida en dos libros. El que está destinado á abrazar los sucesos anteriores á la conquista, es quizá el que nos ha hecho experimentar mayor número de dificultades. Los datos de esta época son harto incompletos, y no hay uno solo que la saque todavía del misterio en que se halla envuelta. La contradicción en que á menudo se encuentran, deja perplejo al historiador que tiene la conciencia de su deber. Hemos entresacado de estos datos lo que nos ha parecido más aceptable; y cuando todos nuestros esfuerzos han sido inútiles para descubrir la verdad, hemos preferido confesar nuestra ignorancia, ó nuestra duda, á consignar hechos que no puedan ser calificados de rigurosamente históricos.

Consagramos algunas páginas á las instituciones de los mayas, á su admirable arquitectura, á su hermoso lenguaje, á su alfabeto, á su calendario, á todos los recuerdos, en fin, que ese pueblo misterioso nos dejó de su ingenio y de su poder. Los límites que hemos impuesto á nuestro libro nos han impedido extendernos, como hubiéramos querido, sobre esta importante materia; pero decimos lo bastante—al menos así lo esperamos—para justificar á Yucatán de la reputación que ha adquirido en el mundo científico, por sus preciosas antigüedades.

Al fin de este período tropezamos con un hecho de transcenden-

tal importancia, que conmueve hasta sus cimientos al país de los mayas, y que tras una guerra sangrienta le convierte en colonia española. Referimos con sus detalles más interesantes los sucesos de esta campaña, que dura veintiocho años; admiramos el valor y hasta el heroísmo con que luchan ambos contendientes, y no vacilamos en censurar los actos de crueldad con que unos y otros, no pocas veces, se manchan.

No aplaudimos ni condenamos la conquista. Nos colocamos entre las dos escuelas que á su turno la han glorificado y maldecido, y la examinamos bajo un punto de vista filosófico. La Humanidad está destinada á aspirar continuamente al progreso. La Providencia ha querido dotarla de esta aspiración, con que ha elaborado su mejora en el transcurso de los siglos. Sus grupos esparcidos sobre la haz de la tierra, y que sucesivamente se han llamado tribus, pueblos ó naciones, se aproximan entre sí para comunicarse mutuamente sus adelantos, para mejorar la condición de la especie; y las evoluciones que con tal motivo practican, aunque redunden más tarde en bien de la generalidad, producen de pronto choques que van comúnmente acompañados de sangre. Es que la sociedad, lo mismo que el individuo, no se desarrolla sin dolor; y el historiador que encuentra en su camino una de estas evoluciones, debe pensar menos en deplorar la sangre vertida que en examinar el cambio social que haya producido.

En la segunda parte de nuestra obra, destinada á abrazar los doscientos ochenta años de la dominación española, examinaremos á la luz de estos principios la empresa de Montejo. Haremos una reminiscencia de la condición que la gran mayoría del pueblo maya tenía bajo el dominio de sus príncipes y sacerdotes, y veremos que, no obstante el yugo que el conquistador europeo hace pesar sobre el vencido, éste adelanta un paso en la esfera social, convirtiéndose de esclavo en vasallo, y otro en la moral, pasando de la idolatría al Cristianismo. El misionero desempeña un papel importante en los primitivos tiempos de la Colonia. No se limita á predicar su doctrina, sino que también estudia con atención todo lo que le rodea, en beneficio de la Historia, de la Filología y de las ciencias naturales. Seguiremos con interés á estos apóstoles en su misión regeneradora, y no sin pena veremos después á varios sucesores suyos tomar asiento entre los opresores de la Colonia.

La época de la dominación española en la Península es una de las más importantes de nuestra historia. Al mismo tiempo que se verifica en ella la revolución social y religiosa de que acabamos de hablar, se forma también, aunque lentamente, una sociedad nueva, que más tarde ha de emanciparse para regir por sí misma sus destinos. Examinaremos los elementos que concurrieron á formarla; analizaremos los obstáculos que las pasiones y una política suspicaz opusieron á su desarrollo, y señalaremos la influencia que han ejercido en épocas posteriores. Estudiaremos la política que España puso en práctica en sus colonias; la compararemos con la que otras naciones han observado en las suyas, y si la comparación no resulta en favor de aquélla, señalaremos la causas—independientes muchas veces de la Corte misma—que la impidieron dar á sus posesiones de América una constitución menos imperfecta.

Créese generalmente que los anales de la Colonia son áridos y monótonos; que en una sociedad donde el soberano es todo y el pueblo nada, no reinan mas que la inmovilidad y el silencio, y que los cambios de gobernadores y obispos, las juras de reyes y la celebración de un Capítulo provincial, no son objetos dignos de la pluma de un historiador. Felizmente para nosotros, esto no es del todo exacto en Yucatán. Los Ayuntamientos, que son las únicas asambleas del país, se ponen frecuentemente en pugna con los gobernadores, éstos con los obispos, los obispos con los franciscanos; y si estas disensiones redundan pocas veces en beneficio del pueblo, bastan al menos para dar colorido y animación al cuadro.

Mientras la Colonia distrae la monotonía de su existencia con estas disensiones, verificase en la Metrópoli una gran revolución. El cautiverio de Fernando VII da lugar á la instalación de Asambleas populares, donde se vierten las ideas más audaces sobre los derechos y la libertad de los pueblos. Aquellas ideas atraviesan el Atlántico; un eco poderoso las difunde en el Nuevo Mundo, y la excisión de las colonias es su consecuencia inmediata. Yucatán hace su emancipación política sin precipitarse, sin derramar una gota de sangre; una Asamblea la decreta con beneplácito del pueblo, y los últimos representantes del Gobierno español salen tranquilamente de la Península.

La sociedad política que surge de este acto importante es el

objeto de la tercera y última parte de nuestra obra. Al silencio de la época colonial, sucede, no solamente el rumor de las discusiones públicas, ejercicio digno de un pueblo libre, sino también el estruendo de los combates, que usurpan sus derechos á la razón. Examinaremos las causas del vértigo que se apodera del nuevo Estado, y aunque no escribimos la historia para halagar las pasiones de nadie, quizá encontraremos en su inexperiencia la disculpa de tantas conmociones. La España no educó á sus colonias para la vida pública, y luego que éstas consumaron su independencia, se encontraron en la situación de un ciego que adquiere repentinamente el uso de la vista. La luz las deslumbró, y no es extraño que tropezasen á cada instante en la senda que han recorrido. Lanzáronse atrevidamente al campo de las reformas, y el choque de las nuevas instituciones con las antiguas produjo, naturalmente, tempestades que aun no acaban de calmarse.

Entre estas disensiones, comunes á casi toda la América española, hay una que pone á la Península en el riesgo de ser borrada del mapa de la civilización. Los descendientes de los mayas, á quienes un cúmulo de circunstancias han impedido amalgamarse del todo con los de sus antiguos dominadores, empuñan el estandarte de la rebelión y cubren de sangre y de ruinas el suelo de la patria. Examinaremos las causas de este levantamiento, condenaremos sus tendencias bárbaras é inhumanas y vindicaremos á la raza civilizada de algunas inculpaciones que la ignorancia ó la mala fe le han dirigido. Demostraremos que el indio, que sucesivamente pasó de esclavo á vasallo y de vasallo á ciudadano, se encontró después de la independencia en una situación que el jornalero de campo y el proletario de algunos países podrían envidiar. Veremos que la distinción de razas que había desaparecido de la legislación, comenzaba también á desaparecer de las costumbres, y probaremos, en fin, que la guerra iniciada en 1847 no fué más que una guerra de exterminio, una reacción á la barbarie, un insulto á la civilización del siglo.

Las conmociones que agitan á Yucatán, no le impiden lanzarse al campo de las mejoras sociales, con el deseo de ponerse al nivel de las naciones más cultas de la tierra. Este pueblo, que casi nunca suelta la espada de las manos, funda, sin embargo, escuelas, colegios, bibliotecas y academias; cultiva con éxito las ciencias y las

bellas artes; multiplica las vías de comunicación; inventa máquinas, y se pone en contacto con países remotos para efectuar el cambio mutuo de sus productos. Aunque en la relación de los sucesos debamos detenernos en la época en que hemos comenzado á tomar parte en los asuntos públicos, cerraremos, no obstante, nuestro trabajo con un examen sobre los pasos que hasta hoy haya dado la Península en la senda del progreso: sobre su legislación, su organización política, su literatura, sus artes, su agricultura, su industria y su comercio.

Tal es el plan que nos hemos propuesto seguir en la redacción de esta obra. No contentará tal vez á la generalidad de los lectores; pero el historiador, que no sólo escribe para su época, sino aun para las generaciones venideras, debe dejar á un lado las pasiones del momento para decir siempre la verdad. Además, haremos una pintura tan fiel de los hechos, que si nuestras conclusiones son erróneas, nosotros mismos presentaremos el material suficiente para combatirlas.

Esto era cuanto teníamos que manifestar al lector, sobre el objeto del libro que hoy tenemos el honor de presentarle.

HISTORIA DE YUCATÁN

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

Aspecto físico de Yucatán.—Su clima.—Ríos.—Ojos de agua.—Cenotes.—Cavernas.—Tiempos prehistóricos.—Inundación.—Catástrofes acaecidas en las regiones centrales de la América.—Tradición haitiana.—El *Manuscrito Troano*.—Suerte que cupo á la Península en el cataclismo.

El país cuya historia vamos á escribir, es una vasta península de la América Septentrional, que en el siglo XVI de la Era cristiana recibió el nombre de Yucatán. Está situado entre los 16° 55' y 21° 35' de latitud Norte, y entre los 6° 32' y 12° 28' de longitud oriental del meridiano de México (1). Diversos cálculos se han aventurado sobre su extensión; pero se asegura que el más exacto es el que la estima en 8.363 $\frac{1}{4}$ leguas cuadradas (2).

La Península está unida por el Sur al continente, y se prolonga entre el mar de las Antillas y el seno mexicano,

(1) GARCÍA CUBAS, *Carta geográfica y administrativa de los Estados Unidos Mexicanos*, 1873, y *Curso elemental de Geografía unicersal*, 1869.—En la latitud está comprendida la isla de Polbox, y en la longitud la de Mujeres.

(2) NIGRA DE SAN MARTÍN, *Plano de Yucatán*, 1848.—HUMBOLDT estimó la superficie de la Península en 5.917 leguas cuadradas; HERNÁNDEZ, en 7.783, y ECHÁNOVE, en 10.201.